

EL DIA EN EL COLEGIO

LA INSTRUCCION Y SUS GLORIAS

En las pláticas precedentes, os he considerado en vuestra casa y en la casa de nuestro Padre celestial, en medio de vuestra familia y en la iglesia, en vuestro cuarto y al pie del altar; allí comienza en efecto para vosotros el día; y no sé, hijos míos, si estaréis impresionados como yo a este respecto; pero creo que un día que de tal manera se inaugura, ha de ostentar un sello de sobrehumana dignidad. Ese pórtico alumbrado por la luz de Cristo, y que lleva en su remate el signo de la cruz, es muy digno de la escuela que hemos convenido en llamar escuela de Dios.

Pasemos ahora de la capilla al estudio, tratemos de otro orden de cosas. Voy a hablaros de vuestra instrucción y de los diversos ejercicios que constituyen para vosotros el deber profesional a que aquí os aplica la voluntad de Dios.

I

La instrucción del hombre no ha dejado de ser una de las grandes solicitudes de la bondad divina. Abrid los libros santos y en todas sus páginas encontraréis una palabra: la palabra *disciplina*. Sobre todo en los llamados libros sapienciales que se hacían leer y aprender a los adolescentes de Israel para su educación moral, el libro de los Proverbios, el de la Sabiduría, el del Eclesiástico. En ellos se encuentran, por ejemplo, palabras como las siguientes: «Señor, enseñadme la disciplina y la ciencia.—¡Desdichado aquel que desecha la disciplina!—Guardaos de sustraer al niño a la disciplina.—Asios a la disciplina y no la dejéis.» ¿Qué quiere decir esto, hijos míos? ¿Cuál es el sentido de

esa palabra? no os engañaréis si pensáis que se refiere a la instrucción: *disciplina*, de *discere*, para los latinos significaba lo que se aprende, el arte y la manera de enseñar y de aprender y la formación que de él resulta; en una palabra, la formación del que aprende, *discipulus*. Todo eso es lo que llamaban los griegos Παιδεία y nosotros conocemos con el nombre de educación.

Nada conozco que más haya glorificado la Escritura; pues la llama luz y camino de la vida: *Lex, lux et via vitae disciplina. Qui mittit disciplinam sicut lucem*. La llama el más grande de los tesoros y la gloria tanto del pobre como del rico: *Pauper gloriatur per disciplinam*. La llama ley de la vida: *Dedit legem vitae et disciplinae*. Desgracia e infortunio para el que la abandona: *¡Disciplina qui abjicit infelix est!* La disciplina nos hace agradables a Dios y a los hombres: *Invenies gratiam et disciplinam coram Deo et hominibus*. Vergüenza para el que no la quiere y la desdeña: *¡Ignominia est ei qui deserit disciplinam!* Descuidarla es descuidar el alma: *Qui abjicit disciplinam despicit animam suam*. Así, pues, nada debe parecer costoso para procurársela: *Assumite disciplinam in multo numero argenti*. Y entre ella y el dinero, por ella se debe optar: *Accipite disciplinam et non pecuniam*.

Como el primero de sus tesoros, pidió Salomón a Dios la sabiduría en los comienzos de su reinado. Y más tarde decía de ella: «¡He buscado la sabiduría, y con ella me han venido toda clase de bienes!» Y esto que decía Salomón, a propósito de la sabiduría, lo repetiría yo de buena gana refiriéndome a la instrucción, que es la fuente de aquélla: de ella se deriva un manantial de riquezas, y cualquiera que la busque y la desee, encontrará en ella, nobleza, autoridad, grandeza y dicha. Apelo a vosotros mismos; escuchadme un momento, y juzgaréis.

La instrucción os crea una nobleza y una de las mejores noblezas, pues os coloca entre lo más selecto de la humanidad. La jerarquía de los hombres se compone de dos grupos que se suponen el uno al otro como la cabeza y los miembros, o mejor como el alma y el cuerpo; hay hombres de la materia, obreros de la materia, y hombres u obreros de la inteligencia. Los unos trabajan con las manos, labran la tierra, tallan la madera, forjan los metales, tejen la lana o el lino; los otros trabajan con la cabeza, rigen los asuntos públicos, dirigen los trabajos de los hombres, resuelven y aplican los problemas de la ciencia, y estudian las leyes que rigen el universo. En la antigüedad se designaban estas dos clases de hombres por dos nombres opuestos que no han obtenido igualmente derecho de ciudadanía en el lenguaje cristiano: de un lado la clase servil, o de esclavos, y de otro la clase liberal, o de hombres libres.

Ni nuestras costumbres democráticas, ni nuestras costumbres cristianas han consagrado la primera de estas denominaciones. Y en cuanto a mí, ¡no quiera Dios que pronuncien mis labios de sacerdote palabras que puedan parecer un desdén para una clase de hermanos míos que se honra contando a Jesús en sus filas, y para un género de trabajo en que veo fatigarse el divino obrero de Nazaret! Sería preciso echar al olvido cosas que no pueden olvidarse. Pero no por eso debo dejar de felicitaros por vuestra suerte de niños afortunados a quienes los estudios clásicos han abierto una puerta que conduce a esas clases superiores que constituyen la aristocracia de la inteligencia. Y así, por un privilegio del cual daréis cuenta ante el tribunal de Dios, mientras que otros se encorvan, desde que sale el sol hasta que se pone, sobre las cosas de la materia para ganar el pan con el sudor de su frente, vosotros trabajaréis, ¿en qué? En todo lo que de más excelente y de más ele-

vado en el orden de cosas del espíritu y en el seno de las civilizaciones de todos los lugares y de todos los tiempos ha producido la humanidad. ¿Con quién viviréis vosotros, mortales distinguidos? Con los genios más brillantes y más cultivados que hayan florecido en la historia. Y ¿de qué os mantendréis en tan augusta compañía? De las más ricas producciones, de las más elevadas concepciones, de los más nobles sentimientos con que se honran los hombres. ¡Que no pueda enumerarlos! Dejarme al menos que os diga que ocuparse en cosas tales, y vivir con tales hombres, es ocupar un lugar en las filas de la nobleza más distinguida que se conoce después de la nobleza de la virtud; y si os pido que améis y cultivéis el estudio, es porque el estudio será el título que os haga conseguir tal blasón y os coloque en tal rango.

El estudio os hará nobles, más aún, os hará grandes, hijos míos, por el ascenso gradual de vuestras facultades. Porque ¿qué serían sin el estudio esas facultades? Los padres y las madres de los niños que vienen a nosotros, al hacernos su presentación el primer día del curso, nos suelen decir que los que van a ser discípulos nuestros están muy bien dotados, tienen medios abundantes; en estos términos, poco más o menos, se expresan vuestros cariñosos padres al traeros a nuestro colegio. Sí, lo creo; y lo creo verdaderamente, porque a las primeras respuestas que salen de vuestros labios o que leo en vuestros ojos, comprendo que en esa tierra fermentan mil gérmenes confusos. Pero es tierra todavía virgen, ¿y qué podrá producir abandonada a sí misma? La maleza y las hierbas malas ahogarán esa semilla, si al primer trabajo de Dios no se une, mediante la cultura, el trabajo del hombre. Y ¿cuál es la mano que ha de cultivar esas disposiciones? La mano del estudio. Que llegue, que penetre en vuestro campo, que lo labore,

que lo plante, que lo riegue y que lo limpie, y veréis que bien pronto por ella todo se desarrollará, todo crece, todo se engrandece en el alma. Poco a poco, en las leyes de las lenguas, como en las de los números, penetra la inteligencia; a través de los siglos, con la antorcha en la mano, se pasea esa memoria; se despliega en vigorosas y brillantes representaciones esa imaginación; y ese juicio pone en su balanza las ideas y los hombres. Esperad algún tiempo más, y el que ayer no era más que un niño, es ya un hombre. ¡Qué digo! es más que un hombre, porque los estudios nos hacen más hombres, *humaniores artes, humaniores litterae*, como las llamaba la antigüedad; y casi me atrevería a decir, de esos espíritus transfigurados, que confinan con la región de los espíritus angélicos: *Modico quam angelis minoratus est.*

Pero he hablado también de la autoridad, del poder que confiere el estudio; y ¿de dónde pudiera venir esa autoridad, sino del estudio? La fuerza no lo da, creedme, pues hablo del poder y de la autoridad morales, no de la autoridad brutal. No lo dan tampoco la fortuna, ni el nombre, ni el nacimiento, porque todas estas cosas, no siendo vuestras, nada pueden añadir, en consecuencia, a vuestro propio valer. Escuchad, bien, hijos míos, lo que voy a deciros: la autoridad moral se compone de dos elementos: la inteligencia y el carácter. Y nombro primero la inteligencia, porque a ella toca iluminarlo todo; es preciso comenzar por saber, antes de querer y de obrar.

No basta a un maestro el común y ordinario saber; se espera de él un saber eminente. Si le falta ese saber, si vosotros, jóvenes maestros de lo porvenir, no unís a la superioridad de vuestra posición, la superioridad de los conocimientos adquiridos, no adornará vuestra frente la real corona de la autoridad. Seréis para los

hombres de los cuales estaréis encargados, un obrero como ellos, que no sabrá más que ellos. A sus ojos habrá decaído de tal manera vuestro prestigio que, si todavía se inclinan en vuestra presencia, podéis estar seguros de que no os hacen caso alguno.

Y por último, ¿no os he dicho también que si sabéis utilizar el estudio como debéis, será para vosotros una fuente de felicidad? Mucho temo que os sorprendan estas palabras, a vosotros que, de ordinario no veis en el estudio más que una pena, una aflicción—y no digo un suplicio.—Ciertamente, que no trato de disimular esa pena que ocasiona el deber; sin ella, la labor no sería meritoria, y no llevaría ese nombre que en latín significa trabajar y sufrir. Pero debo añadir que si es amargo el borde de la copa en que todos los días bebéis, no es menos cierto que en el fondo de la misma habéis de hallar una embriaguez deliciosa, *calix inebrians*, según la llama el salmista.

¿Qué quiere decir, la embriaguez del estudio, las delicias del estudio? ¡Ah! sí, hijos míos; en el estudio encuentra el estudio mismo el pago de su trabajo; en su propio fondo se halla ese sentimiento de satisfacción inefable que san Agustín llama *gaudium de veritate*, y del cual hace una bienaventuranza de los cielos. Y yo afirmo que es una de las alegrías más elevadas y más delicadas que pueden conocer los hombres.

Vosotros mismos, los más enamorados del ideal moral y del ideal religioso, ¿no sentís algo, cuando la lectura de una bella página, la emoción de una palabra elocuente, la aparición de un gran espectáculo, el brillo de un pensamiento sublime o la explosión de un sentimiento noble han conmovido repentinamente las fibras de vuestra alma, penetrando hasta ese manantial misterioso donde se forman las lágrimas? Bien sé que no es posible lograr que comprendan estas cosas esos es-

píritus apocados que se llaman positivistas, y que es preciso traer aquí ese calor del alma del que ha dicho san Agustín: *Da amantem, da sitientem, et sentit quod dico*. Aunque se haya pretendido hacer creer que ya no existe el entusiasmo ni aun siquiera en la juventud que ha guardado su última chispa, jamás creeré que nuestra juventud cristiana haya podido agotar los torrentes de lo bello, y mucho menos los de la verdad y del bien. ¡Ojalá los guarde siempre! Son alegrías purísimas que la preservarán de las malas alegrías del alma de que habla el poeta: *Mala gaudia mentis*. Y pueda yo predecir a esa juventud, que el placer intelectual que, al presente, le produce el estudio, no es, sin embargo, más que el goce anticipado de otro placer mayor que el mismo estudio ha de proporcionarle el día en que lecciones más elevadas le pongan en presencia de verdades más altas, revelándole nuevos aspectos de la infinita belleza de Dios manifestada en sus obras.

II

Réstame ahora, demostraros, por la historia, cómo ha procurado el estudio todos esos bienes a los que se le han apasionado, dándoos a conocer lo que han dicho ellos mismos después de haberlo probado. Veréis lo que ha hecho por la nobleza, por el poder, por la grandeza y por la dicha de los hombres, de los únicos hombres cuyo recuerdo guarda la historia en sus fastos.

La Iglesia, sobre todo, nos presenta tipos incomparables. Es un niño, hijo de un carpintero: un día, en el siglo XI, jugando en el taller de su padre, en Soana, pequeña aldea de la Toscana, se entretiene en colocar las virutas formando letras, y con las letras palabras. Leed lo que escribe: *Dominabitur a mare usque ad mare*. Dejad que transcurran cuarenta años. El estudioso niño ha llegado a ser Papa, extendiendo, en efecto, su po-

derio espiritual de un mar a otro; se llama san Gregorio VII, y después de haber ilustrado, defendido y vindicado a la Iglesia, «muere en el destierro por haber amado la justicia y aborrecido la iniquidad.»

En el siglo XVI, otro niño de Italia, nacido en Bosco, cerca de Alejandría, y que se llama Miguel Ghislieri: apacentaba sus rebaños leyendo los libros santos, cuando, pasando por aquel lugar dos dominicos, conocen sus cualidades, y le llevan al convento donde le hacen estudiar. Este estudioso niño llegará a ser un gran pontífice, se llamará san Pío V, consolidará la Iglesia en el interior, defendiéndola del exterior por medio de inmortales victorias.

Pero salgamos de la Iglesia y de los siglos pasados. Hablemos de Francia y del mismo siglo en que vivimos. Es un niño nacido en Lorena: en la tienda de su padre, panadero de Nancy, se levanta a las dos de la mañana para estudiar a la débil luz de la lámpara que alumbraba el trabajo doméstico. «Y cuando la lámpara infiel, extinguiéndose antes del día, deja de servirle para el trabajo, se aproxima al horno encendido, y, según la expresión del padre Lacordaire, continúa con aquella extraña luz la lectura de Tito Livio y de César.» Pues bien, este estudioso panadero, forzó con su saber las puertas de la escuela politécnica, llegó a ser general, dirigió la artillería en todos los campos de batalla del primer imperio, acompañó a su vencido soberano en el destierro de la isla de Elba, y disparó en Waterloo el último cañonazo de la Francia imperial, dejando tras sí el renombre de un héroe, el nombre del santo del gran ejército, como llamaba el mismo emperador al general Drouot. Añadamos que el amor al estudio y a las letras, que había sido la ardiente pasión de su infancia, fue también el supremo consuelo de su vejez. Sobre este asunto, que es nuestro asunto de hoy, escribió el padre Lacordaire

una de sus más hermosas páginas, con la cual voy a terminar. Ya sabéis, hijos míos, difícilmente renuncio al placer de daros a conocer una página hermosa. «¡El amor de las letras! dice. ¿Sorprenderá esto a alguno de mis oyentes? ¿Estamos ya tan lejos del tiempo en que el cultivo de las letras, por las letras mismas, era la pasión distintiva de todas las naturalezas noblemente templadas? ¿Va disminuyendo el número de espíritus delicados y serios para quienes las letras son otra cosa que una noble reminiscencia de la juventud o un oficio vulgar? No me atrevo a creerlo... El general Drouot tenía ese antiguo amor a las letras humanas. Una obra maestra era para él un sér viviente con el que conversaba, un amigo de la noche que admitía a sus más familiares expansiones. Pensar en que iba a leer un verdadero libro, tomarlo, colocarlo sobre la mesa, y embriagarse con su perfume, era para él, como para todas las almas iniciadas en las alegrías de este orden, un puro e ingenuo deleite. El tiempo vuela en esas encantadoras comunicaciones del pensamiento con otro pensamiento superior; vienen las lágrimas a los ojos; se dan gracias a Dios que ha sido bastante poderoso y bastante bueno, para dar a las rápidas efusiones del espíritu la duración del bronce y la vida de la verdad. No os preguntéis ya qué es lo que animaba la soledad del veterano del gran ejército. Mientras nosotros vivimos en lo presente, él vivía en todos los siglos; mientras nosotros vivimos en la región del interés, él vivía en la esfera de lo bello. Vida rara y excelente para la cual no basta el gusto, sino que son también necesarios el corazón y la virtud.»

MONSEÑOR BAUNARD

